

Gourgaut, el médico O' Meara, su primer ayuda de cámara Marchand, su mayordomo Cipriany, su cocinero Pierron, sus ayudas de cámara ordinarios Saint-Denys y Noverras, su ugiere de honor Santini, su joyero Rousseau, sus escuderos, picadores, lacayos, pinches de cocina y los criados de sus compañeros, formaban su casa. El gobierno inglés habia destinado para los gastos de mesa de aquella pequeña corte del destierro una suma de 300,000 francos al año, la cual se aumentaba frecuentemente con subsidios supletorios. Una biblioteca, caballos de montar, jardines, un bosque, ejercicios campes- tres, comunicaciones libres y constantes á todas horas con los desterrados, correspondencias limitadas con la Euro- pa, frecuentes audiencias dadas á los viajeros curiosos que descansaban en el puerto y solicitaban el favor de ser admitidos, tales eran las ocupaciones cotidianas en Long- wood. Diferentes puestos de soldados mandados por un jefe de alta graduacion vigilaban el recinto del edificio y de los jardines. A cierta distancia de la casa, para no quitar la vista, habia establecido un campamento. Napo- leon y los generales podian salir á pie ó á caballo desde el amanecer hasta la noche y recorrer las cumbres de la isla, y aun la isla entera, acompañados desde lejos por un oficial inglés encargado solamente de evitar toda ten- tativa de evasion. Tal era al principio el cautiverio res- petuoso que Napoleon y sus compañeros de soledad lla- maron el calabozo y el martirio de Santa Elena. En los primeros tiempos debió parecerle tolerable, pues lo dul- cificaban los miramientos que con él guardaba el almi- rante gobernador de la isla y la admiracion de los viaje- ros que le visitaban. Las mañanas se empleaban en dulces pláticas entre el emperador y sus amigos, en la lectura de los periódicos llegados de Europa, en dictar Napoleon á Bertrand y á Montholon algunas de sus campañas, notas épicas del poema de su vida, comparables á las de Cé- sar, por la amplitud de la narracion, y á Tácito por la

seguridad y profundidad del sentido político. El historia- dor en estas notas es igual al poeta, el poeta al político, el político al general. El historiador, el poeta, el político y el general no son en ellas mas que un solo hombre, y este hombre es Napoleon. Las horas ociosas del resto del dia se invertian en estaciones debajo de una tienda levantada en los jardines, en paseos á caballo por el bos- que, en pláticas familiares al rededor de la lámpara de la noche, en hablar del pasado y de la patria, y en formar conjeturas y esperanzas de otro porvenir.

XXXVII.

El alma activa se cansa del reposo mas que de la fa- tiga. La monotonia de aquella existencia sin otros sucesos que su pensamiento cansó pronto á Napoleon. Las divisiones, las rivalidades, el descontento y las murmuraciones de algunos de sus servidores le entristecieron y pusieron de mal humor. Sufria con ver padecer á los que le rodeaban. Ademas en Longwood hubo chismes como en el palacio de las Tullerías. El trato demasiado íntimo y fre- cuente produjo antipatías y agravios. Las almas lastima- das son mas sensibles, y la sensibilidad sobreescitada ha- ce á los hombres injustos. El carácter de Napoleon, viciado por aquel malestar interior, se agrió y avivó con- tra su cautiverio, que le hacia importunos hasta á sus mismos amigos, convirtiendo en veneno la tolerancia y libertad de su residencia. Con una afectacion que sus aduladores llaman heróica, pero que la historia juzgará pueril, porque es un contrasentido en su fortuna, se obs- tinó en exigir los títulos de *emperador* y de *magestad*, que la Inglaterra, que jamás habia reconocido el imperio, no le debia oficialmente, y de esta ofensa de la etiqueta apeló á la tierra y al cielo, dictando notas sobre aquella

frustrería, como las hubiera dictado sobre la conquista ó la pérdida de Europa. Hijo de sus obras, prefirió sus dignidades á sus obras. El isleño salido de Córcega para distribuir tronos á su familia se olvidó de que el hombre era mas grande en él que el fundador de dinastías ya derribadas, y que la única magestad de que no se le podía destronar era su nombre. Despues de haber discutido, sin poder agotarlo, durante años enteros aquel testo de altercados con los poderes de la isla, no quiso aceptar las distracciones y los respetos que los viajeros de ambos mundos le llevaban á su soledad, sino se conformaban con ese protocolo. Pronto se privó él mismo de los paseos á caballo por la isla para no sufrir, segun decia, ni aun con la presencia lejana de los oficiales del gobernador, la apariencia y la humillacion del cautiverio, como si la isla bajo sus pies, el Océano delante de sus ojos y el cielo mismo encima de su cabeza no fuesen murallas y testigos de su relegacion. De este modo estrechó con sus propias manos el recinto de su residencia, y cambió poco á poco en prision su morada campestre. Su salud, que necesitaba el movimiento y el ejercicio á caballo, como su alma la perspectiva, se resintió considerablemente con la alteracion de su carácter, siguiendo asi lenta y obstinadamente el suicidio de su cautiverio. La llegada de un nuevo gobernador á Santa Elena, sir Hudson-Lowe, vino á remachar sus cadenas voluntarias. Aquel gobernador, á quien los seides de Napoleon y Napoleon mismo perseguian con inculpaciones gratuitas y apasionadas, tales como pueden inspirarlas el tedio y las alucinaciones del cautiverio; tratado por ellos de esbirro y de asesino, no abrigaba, sin embargo, ni crimen en el pensamiento contra su cautivo, ni ofensa en el corazon contra el infortunio. No habia mas sino que abrumado con la responsabilidad que pesaba sobre él, en el caso en que dejara escapar al gran agitador que la Europa habia confiado á su custodia, mezquino de ideas, celoso de poli-

cia, suspicaz en las formas, torpe en los medios y haciéndose necesariamente odioso por sus funciones á sus huéspedes, molestó y fatigó á Napoleon con restricciones, vigilancias, consignas, visitas y hasta deferencias y atenciones, dando demasiado al deber de gobernador de la isla y de guardian de un rehen europeo la apariencia y la rudeza de un carceero. Sin embargo, aunque era reprehensible por su demasiada severidad, no mereció la nota de inhumano y cruel, siendo ocasion mas que causa del triste fin de Napoleon. El que lea atentamente las cartas y las notas que con cualquier pretesto se cruzaban entre los amigos de Napoleon y Hudson-Lowe, no podrá menos de admirarse al ver los ultrages, las provocaciones y las inyecciones con que el cautivo y sus amigos insultan á cada paso al gobernador. En aquel momento trataba Napoleon de escitar con gritos de dolor la piedad del parlamento inglés, y proporcionar á los oradores de la oposicion materia contra el ministerio, á fin de obtener su aproximacion á la Europa. En todas aquellas notas traspira el deseo de provocar ultrages con ultrages y presentar en seguida estos ultrages como crímenes á la indignacion del continente, y hacer de sir Hudson-Lowe el Pilato de aquel Calvario napoleónico. Es evidente que el gobernador, irritado con frecuencia, algunas veces inquisidor y siempre inhábil, se sentia él mismo víctima de su responsabilidad. La Inglaterra, que habia reivindicado el papel odioso de encadenar aquel Prometeo de la Europa, sufría la reprobacion de sus gritos y de sus maldiciones.

XXXVIII.

La mejor parte del tiempo de este cautiverio se consumía en esas interminables disputas entre el cautivo y su guardian, el resto en conversaciones interrumpidas

con sus compañeros de destierro, conversaciones evidentemente destinadas á hacer eco fuera de la intimidad y mas allá del Océano para reavivar su popularidad póstuma, herir á sus enemigos y fanatizar á sus partidarios. Esos comentarios verbosos é incoherentes de su vida, redactados por manos parciales, no tienen ni el abandono ni la sinceridad de las expansiones de un alma desinteresada del imperio y de la posteridad. Son confianzas de mera ostentacion, donde al través de la franqueza se trasluce la verdadera intencion mal disimulada. Ellas no arrojan ninguna luz verdadera sobre un pensamiento que se transforma y se diversifica bajo tantos aspectos contradictorios, que es imposible discernir la verdad bajo el sofisma y la naturaleza bajo la afectacion. En religion, filósofo para los filósofos, ateo para los ateos, deista para los deistas, cristiano para los cristianos, supersticioso para los supersticiosos, indiferente para los indiferentes; en política, republicano para los republicanos, demócrata para los demócratas, realista para los realistas, constitucional para los liberales, déspota para los déspotas, profetizando alternativamente el triunfo de los reyes, de los pueblos, la dominacion europea de la Inglaterra, el yugo universal de la Rusia, la democracia irresistible de la Francia, la explosion de las ideas, el reinado del cañon y ofreciéndose á todos los sistemas como el único equilibrio del mundo, capaz de realizar y preservarlo todo, Napoleon en aquellas pláticas profiere como el oráculo enigmas ó axiomas de triple sentido, á lo presente, á lo pasado, á lo porvenir, á fin de que el destino no pueda desmentir uno sin justificar el otro. Tribuno del mundo, de que es tripode aquella roca y que procura no ilustrar sino agitar desde allí á la Europa, arroja á todos los vientos una voz cuyo eco es Napoleon. Siempre actor despues del drama, representa todavía un papel cuando ha caido sobre él el telon del mundo, olvidándose de que el único papel eterno en el hombre es el hombre, y que

la única grandeza inmutable es la verdad. Asi, pues, aquellas conversaciones de Santa Elena fanatizan sin interes. No pueden servir de testimonio para la historia y ofrecen poco interés para el espíritu humano y ninguna emocion. Excepto para sus idólatras, aquel hombre que habló por espacio de seis años al borde del sepulcro, habló inútilmente.

XXXIX.

Sus amigos y sus servidores cansados, no del deber, sino de la paciencia, del aislamiento de sus familias, del clima, de la enfermedad y de la inquisicion, le abandonan ó aspiraban á abandonarle prestando que eran arrancados de su lado por las persecuciones del gobernador ó que lo hacian por poder prestarle servicios mas útiles en Europa. La languidez le invadia con la desesperacion, y cada dia sentia acrecentarse mas en él los sintomas del mal que habia abreviado los dias de su padre. «Tengo á veces deseos de dejaros, decia á sus últimos compañeros Montholon y Bertrand; esto no es difícil, antes bien lo encuentro tanto mas fácil por medio del suicidio, cuanto que mis principios religiosos no me ofrecen ningun estorbo. Yo soy de los que creen que las penas del otro mundo no han sido imaginadas sino como un suplemento á los atractivos insuficientes que en él nos presentan. Despues de todo ¿qué importa volver un poco antes ó un poco despues al seno de Dios?» Sufria dolores, languidez, insomnios y una gran postracion de fuerzas que le hacian la luz del dia tan odiosa como las tinieblas. Su espíritu solo no se debilitó jamás: asistia y asistia firme é impassible á su lenta destruccion. Su pensamiento velaba siempre sobre sí mismo, y aun se enlutó para morir. «Vegeto, ya no vivo.» Decia á sus servidores. Sin embargo, la naturaleza prevaletió en el último momento

sobre la frialdad de su fin, según se ve por los numerosos testamentos y codicios que dictó para legar recuerdos y muestras de afecto á los hombres y á las mugeres que habian dejado vestigios de cariño, de servicios ó de agradecimiento en su vida. Su madre, que vivia todavía en Roma, sus hermanos, sus hermanas, sus criados, los compañeros de su destierro, sus generales, las familias de estos, los que habia tenido por protectores en su infancia, por amigos en sus estudios, por primeros hermanos de armas en los campamentos, por favoritos en su poder, recibieron de su mano sumas de dinero sobre los millones que habia dejado al salir de París en las cajas de su banquero Mr. Laffite, estatuas, cuadros, armas, manuscritos, vasos, insignificantes objetos domésticos consagrados por el uso que habia hecho de ellos; distribucion de su corazon donde las mas lejanas reminiscencias eran buscadas con enterneamiento en el fondo de su memoria. Su misma muger, que le habia abandonado, no fué acusada ni maldecida por él. Se acordó de que era la hija de los Césares, y que el Austria retiraria la proteccion de un hijo á cuya madre hubiera él ofendido. Este hijo, preso como él en el palacio de Viena, era el único sentimiento grande por el cual se sobrevivió sobre la tierra, porque era su orgullo, su amor, su dinastía, su nombre y su posteridad. No tuvo lágrimas sino para esta imágen.

XI.

Sea abandono del moribundo á esos hábitos del alma que se reavivan en el término de la vida y que la entregan á las prácticas de su primer culto, sea prevision política del fundador de dinastía el afectar morir en comunión oficial con el culto nacional de que se ha hecho restaurador, es lo cierto que Napoleon que jamás habia ha-

blado de la religion sino como de una institucion política, instrumento indiferente de todos los gobiernos, quiso morir como cristiano y demostró una fé auténtica, y por decirlo así, imperial, por el ceremonial de su muerte. La imágen de un crucifijo, aproximada á su boca cerró los labios de aquel mártir de la ambicion, sin manifestar en el momento de la separacion del alma y del cuerpo ninguna debilidad indigna de él. Esperó la muerte sereno, y compuso su actitud hasta el último suspiro delante de su fama. Encargó que lo sepultaran con sus armas y con su uniforme de soldado, debajo de dos sauces y al lado de una fuente cuya sombra y frescura habia disfrutado en sus últimos tiempos. Espiró, en fin, sin agonía y en silencio durante una convulsion de los elementos, la noche del 5 de mayo de 1821. Las últimas palabras que balbuceó fueron *ejército y Francia*, sin que se pudiera comprender si aquello era sueño, delirio ó adios.

Temióse que su féretro conmoviera al continente europeo si arribaba á él; fué sepultado con los honores militares debajo del sauce que él mismo habia indicado. Al rumor de aquella muerte, el inmenso terror que habia experimentado Europa mientras habia vivido, se cambió en inmensa compasion, porque al cesar de temerle, cesaron todos de odiarle. La justicia comenzó para él en los hombres imparciales. No se le disputó ni el genio ni la gloria; se deploró solamente que tanto genio y tanta gloria hubiesen sido consagrados solamente á la grandeza personal de un hombre, en vez de haberse empleado en mejorar y perfeccionar al mundo; en esto fué en lo que faltó á su destino, á Dios, á la humanidad, á la Francia y á sí mismo. Lo hermoso en él no se confunde con el bien. El mas grande de los hombres modernos fué tambien el mas estéril en resultados para el género humano. Catorce años trabajó á la Francia y á la Europa sin hacerle adquirir ni una idea, ni una libertad, ni una virtud. Agitó al mundo sin hacerle variar ni una línea. Sin embargo,

La Francia que le debe un juicio severo, le debe tambien un agradecimiento imparcial, pues á la fama de su propio nombre debe la que adquirió durante todo el principio de un siglo en el universo. Siempre es un servicio engrandecer el nombre de su pais, porque el nombre de un pueblo es su prestigio en el tiempo y en la historia la inmortalidad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

PAGS.

Veinte y cuatro de junio.—Nómbrase á Fouché presidente de la comision de gobierno.—Formacion del nuevo ministerio.—Política de Fouché.—Manuel.—Sesion de la Cámara de los representantes.—Adóptase en ella la mocion de Manuel.—Veinte y cinco de junio.—Parte el emperador de París.—Dirigese á la Malmaison.—Su proclama de despedida al ejército.—Se envian cinco plenipotenciarios para negociar la paz.—Entrevista de Fouché y de Mr. de Vitrolles.—Entrevista de Napoleon y de Benjamin Constant.—Consejos de los amigos de Napoleon para elegir el lugar de su destierro.—Adopta la América.—Le vigila la comision de gobierno.—Oposicion provisional de la comision á la partida de Napoleon.—Estancia en la Malmaison.—Instancias de la comision á Napoleon.—Le da pasaporte.—Napoleon le rehusa.—Proposicion de Excelmans á Napoleon.—Llegada de los alia-